

A LA DERIVA EN EL MAR DE LAS LLUVIAS Y OTROS RELATOS

Antología de ciencia ficción contemporánea

Edición de Mariano Villarreal

Relatos de Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn, Ian Sales

Premios Hugo 2010 y 2014, Nebula 2013, British Science Fiction 2012



A LA DERIVA EN EL MAR DE LAS LLUVIAS Y OTROS RELATOS

Edición y selección de Mariano Villarreal

Mary Robinette Kowal

Ken Liu

Will McIntosh

Mike Resnick

Ted Chiang

Rachel Swirsky

Carrie Vaughn

Ian Sales

Primera edición: Octubre, 2015

- © 2015, Sportula por la presente edición
- © 2012, Mary Robinette Kowal por «The Lady Astronaut from Mars»
- © 2015, Pilar San Román por la traducción
- © 2004, Ken Liu por «The Algorithms for Love»
- © 2015, Carlos Pavón por la traducción
- © 2009, Will McIntosh por «Bridesicle»
- © 2015, Carlos Pavón por la traducción
- © 2011, Mike Resnick por «The Homecoming»
- © 2015, Manuel de los Reyes por la traducción
- © 2013, Ted Chiang por «The Truth of Fact, the Truth of Feeling»
- © 2015, Manuel de los Reyes por la traducción
- © 2013, Rachel Swirsky por «If You Were a Dinosaur, my love»
- © 2015, Pilar san Román por la traducción
- © 2010, Carrie Vaughn por «Amaryllis»
- © 2015, Carlos Pavón por la traducción
- © 2012, Ian Sales por «Adrift on the Sea of Rains»
- © 2015, Diego de los Santos por la traducción

Ilustración de portada: © 2015, Alex Popescu
Diseño de cubierta: Sportula



SPORTULA
www.sportula.es
sportula@sportula.es

SPORTULA y sus logos asociados son marca registrada de Rodolfo Martínez

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad

CONTENIDO

Presentación, Mariano Villarreal

La señora astronauta de Marte, Mary Robinette Kowal

Algoritmos para el amor, Ken Liu

Frigonovia, Will McIntosh

Regreso a casa, Mike Resnick

La verdad de los hechos, la verdad del corazón, Ted Chiang

Si fueras un dinosaurio, amor mío, Rachel Swirsky

La Amaryllis, Carrie Vaughn

A la deriva en el mar de las lluvias, Ian Sales

La portada, Alex Popescu

Agradecimientos

PRESENTACIÓN

La narrativa breve fantástica, en particular de ciencia ficción, atraviesa un momento particularmente dulce a escala mundial en cuanto a creatividad, trascendencia, calidad literaria y riqueza cultural.

Desde que hace unos años un puñado de publicaciones norteamericanas *online* abriera la puerta a una nueva hornada de escritores jóvenes y talentosos, autores procedentes de muy diferentes lugares del planeta, segundas generaciones de población inmigrante y un gran número de escritoras, esta imparable transformación positiva no ha hecho sino aumentar. Gracias a ello, ha sido posible tratar con cierta asiduidad temas que no habían estado nunca presentes en la agenda, no solo en el terreno de la ciencia ficción sino en el de la literatura general e, incluso, en nuestra propia sociedad, como el poscolonialismo visto desde la óptica de las culturas sometidas, la situación de la mujer en espacios alejados del foco mediático, la diferente sensibilidad por parte de algunas minorías étnicas, o aflorar de raíz y con valentía la problemática *queer*, por citar solo unos pocos ejemplos.

Esta renovación de autores, temáticas y acercamientos a nuestro presente tuvo como recompensa una mayor atención hacia el género por parte de lectores y crítica. En virtud de su gran calidad especulativa, estas narraciones empezaron a acaparar las categorías de ficción breve de la mayoría de premios especializados, desplazando de la

relación de finalistas a las principales publicaciones del sector: *Analog*, *Asimov's Science Fiction*, *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*... sustituidas por nuevas cabeceras como *Lightspeed*, *Clarkesworld*, *Apex*, *Strange Horizons*, *Tor.com*, etc. Además, las antologías temáticas y las recopilaciones de "Lo mejor del año", tan habituales en el mundo anglosajón, comenzaron a poblarse de estas historias, que ofrecían una realidad alternativa más gris, compleja y mestiza que la anquilosada uniformidad del pasado.

No obstante, esta riqueza y multiculturalidad no se ha visto trasladada aún con la suficiente intensidad al terreno de la novela, formato más conservador y lento a la hora de adoptar los cambios, aunque podamos encontrar ejemplos paradigmáticos de que algo se está moviendo en obras como *The Three Body Problem* del chino Liu Cixin, primera novela escrita en un idioma diferente al inglés que gana el prestigioso premio Hugo y primera novela no anglosajona en ser nominada a los Nebula -los Óscars de la ciencia ficción y la fantasía- en casi cuarenta años, tras *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino.

Pero centrémonos en el aquí y el ahora. Con el fin de ofrecer al lector hispanohablante una porción, pequeña aunque significativa, de esta ingente producción surge *Nova Fantástica*, una nueva colección cuyo objetivo es disfrutar de nuestros géneros favoritos en formato breve.

No somos los únicos, ni los primeros. En España, pese a la crisis y la natural competencia de otras opciones de ocio, han surgido en los últimos tiempos diversos sellos y colecciones especializadas que han descubierto nuevos e interesantes nichos de mercado. Pero lo que nos diferencia de casi todos ellos es nuestra aspiración de querer publicar *de manera regular* volúmenes temáticos que ofrezcan parte de la mejor narrativa breve actual de ciencia ficción, fantasía y terror a nivel mundial. Relatos ganadores y finalistas de los más importantes premios internacionales

junto a obras destacadas de las más prestigiosas firmas del género o, sencillamente, nuevas voces procedentes de geografías diversas que reclaman su lugar en el mundo. Y reivindicar, igualmente, el enorme talento de muchos ilustradores fantásticos.

Tras un volumen inicial dedicado a autores fantásticos en español, *Mariposas del Oeste y otros relatos*, proseguimos nuestra andadura con una antología de ciencia ficción contemporánea internacional que hemos titulado *A la deriva en el mar de las Lluvias y otros relatos*. En ella, el lector podrá encontrar la emotiva historia del último viaje espacial de una madura mujer astronauta, cuentos que hablan acerca de las consecuencias de comercializar muñecas capaces de superar el test de Turing, de la explotación comercial de cadáveres redivivos, del difícil camino hacia el entendimiento y el perdón, de la subjetividad en el terreno de la percepción, de relaciones familiares alternativas surgidas tras un desastre ecológico, bellísimas historias de amor en clave de poema y nuevas oportunidades para la humanidad tras la completa destrucción de la Tierra.

Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de escritores tan destacados como Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn e Ian Sales; cinco hombres y tres mujeres que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual, a quienes se suma en portada un artista de la talla de Alex Popescu.

En *Nova Fantástica* no nos mueve un afán lucrativo. Nuestra intención es, lisa y llanamente, editar títulos de interés para amantes de la ficción especulativa con los mayores estándares de calidad y profesionalidad posible, retribuir las colaboraciones al máximo de nuestras posibilidades y reinvertir el beneficio obtenido en el siguiente libro. Por tratarse de un proyecto modesto, la

tirada física será necesariamente limitada, ajustada a los ejemplares de los suscriptores y un puñado de copias para librerías especializadas; por ese motivo, en siguientes títulos te sugerimos que consideres seriamente la opción de suscripción (compra anticipada, con diversos beneficios como el envío gratuito a tu casa) o la opción de preventa que habilitan algunas librerías.

La apuesta es ambiciosa y el tiempo dirá si sostenible. Creemos poder ofrecer excelente material, en nuestro haber figuran grandes especialistas en traducción de género fantástico y ciencia ficción, tenemos ilusión por el futuro y muchas ganas de hacernos un hueco entre tus lecturas favoritas. Esperamos que disfrutes de este libro, lo comentes, valores, critiques, recomiendes su compra y nos sugieras otras historias con las que hacer crecer la colección. Contigo, *Per aspera ad astra*.

Mariano Villarreal
novaficcion@gmail.com
@literfan

LA SEÑORA ASTRONAUTA DE MARTE
Mary Robinette Kowal

MARY ROBINETTE KOWAL (Raleigh, Carolina del Norte, 1969) es escritora y titiritera profesional. Ha trabajado para Jim Henson Productions, Center for Puppetry Arts y en su propia compañía, Other Hand Productions; ha sido también directora artística de las revistas *Shimmer Magazine* y *Weird Tales*, y ocupado los cargos de secretaria y vicepresidenta en la Science Fiction and Fantasy Writers of America.

Tiene publicadas media docena de novelas, entre ellas *Shades of Milk and Honey* —nominada al premio Nebula en 2010—, y un libro de relatos, *Scenting the Dark and Other Stories*. Su narrativa breve ha aparecido en numerosos medios: *Cosmos Magazine*, *Strange Horizons*, *Apex Digest*, etc. así como en recopilaciones de prestigio como *Science Fiction: The Best of the Year* de Rich Horton. Relatos suyos han aparecido en el blog español Cuentos para Algernon, en donde destaca su premio Hugo «Por falta de un clavo». En 2008 obtuvo el premio John W. Campbell de mejor nuevo escritor.

«La señora astronauta de Marte» fue descalificado en los premios Hugo de 2013 por una razón técnica: había sido publicado en forma de audiolibro y no en formato texto, una decisión controvertida que propició numerosas protestas dentro de la comunidad de aficionados y profesionales del género. Poco después fue publicado en la página de la autora y en la web *Tor.com*, siendo nominado de nuevo y, esta vez sí, logrando el premio Hugo del año siguiente.

Una historia muy emotiva narrada con gran sensibilidad acerca del último viaje espacial de una madura mujer astronauta.

Dorothy vivía en medio de las grandes praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su tía Em, la esposa de este. Y me había conocido, continuó explicándome, cuando yo estaba trabajando en las instalaciones contiguas a la granja de sus tíos, a la sombra de la grúa del cohete de la primera expedición a Marte.

Yo no recuerdo el encuentro.

Ella debía de ser una niña de corta edad y, ¡por Dios!, con tantos críos como había revoloteando al otro lado del perímetro mirándonos trabajar... Y todas las niñas querían hablar con la señora astronauta. Es decir, conmigo.

Estoy segura de que debí de hablar con Dorothy, porque sé que me paraba todos los días cuando atravesaba el perímetro al entrar y salir, y charlaba con ellos sobre cómo era aquello. Aquello era Marte, ¿qué otra cosa podía ser?

Marte era el monotema de conversación de todo el mundo. Los programadores sentados frente a las tarjetas perforadas. Las muchachas que las grababan tecleando interminables líneas de código. Las camareras de la cafetería que servían puré de patata y guisantes. Nathaniel con sus cálculos... Todos hablaban de Marte.

Así que el que no me acordara de una cría con la que al parecer había estado hablando de Marte... Bueno, tampoco es que sea nada sorprendente, ¿verdad? Intenté que mi rostro no reflejara mi desconcierto, pero sé que se dio cuenta.

Dorothy era ahora mi doctora. Bueno, hablemos con propiedad: Dorothy era la geriatra que estaba evaluándome. En Marte. Había acudido a su consulta para lo que pensaba que era un reconocimiento rutinario con objeto de comprobar que seguía siendo apta para ser astronauta. A la NASA le gustaba actualizar su base de datos de manera periódica, y a mí me gustaba estar incluida en esa base de

datos. No es que hubiera volado desde que había cumplido los cincuenta, pero mantenía mi nombre en la lista con la leve esperanza de que me dejaran volver al espacio, así que seguía acudiendo a los malditos reconocimientos.

Nuestro anterior doctor había regresado a la Tierra tras jubilarse, y no fue hasta mi cuarta visita a la consulta de Dorothy cuando ella mencionó Kansas y sus praderas.

Dorothy revolvió nerviosa las hojas que llevaba en la tablilla portapapeles y se aclaró la garganta. El rubor que inundó sus mejillas hizo destacar el azul de sus ojos.

—Discúlpeme, doctora York. No debería haberlo mencionado.

—No me llames doctora. Aquí la doctora eres tú. Yo no soy más que una amazona espacial. Llámame Elma. —Hice un gesto de saludo con la mano intentando tranquilizarla. La carne de la parte inferior de mi brazo se bamboleó y yo dejé caer la mano. Esa es una sensación que odio, y las batas de hospital solo consiguen acentuarla—. Me alegro de que lo hayas mencionado. Lo único es que me ha pillado por sorpresa. La última vez que te vi, ¿no les llegabas a los saltamontes por la rodilla?

—Así que ¿se acuerda de mí?

¡Ay!, esa esperanza... Si ella estaba en Marte era por mí. Lo notaba, me resultaba evidente. Algo que había dicho o hecho allá por 1952 había empujado a esta muchacha a venir a la colonia.

—Claro que me acuerdo de ti. ¿No hablábamos cada vez que atravesaba el perímetro? Salvo los días de colegio, claro. —Seguro que con eso no metía la pata.

—Todavía tengo el águila que me regaló —dijo Dorothy asintiendo entusiasmada.

—¿De veras?

Eso me dio que pensar.

Yo solía hacer águilas de papel utilizando tarjetas perforadas viejas mientras esperaba a Nathaniel. Sus programas podían tardar horas en ejecutarse y a él le

gustaba quedarse vigilándolos. Las águilas eran de cartulina recortada: capas de tarjetas que pegaba juntas para hacer un pájaro en tres dimensiones. Lo normal es que estuvieran volando, y a mí me gustaba colgarlas en la ventana, donde los destellos de luz atravesaban los agujeros de las tarjetas y hacían que el pájaro pareciera refulgir. Tardaba dos o tres días en hacer una, así que lo normal hubiera sido que me acordara de haberle dado una a una niña de fuera del perímetro.

—¿La trajiste contigo hasta aquí?

—La tengo en mi despacho. —Se puso de pie como si esa fuera la pregunta que hubiera estado esperando que le hiciera desde mi primera visita, luego bajó la mirada hacia la tablilla que tenía en las manos y frunció el ceño—. Deberíamos terminar con las pruebas.

—Por mí bien. Las mismas pocas ganas de hacérmelas voy a tener ahora que luego. —Alargué el brazo con la muñeca vuelta hacia arriba para que pudiera tomarme el pulso. Para entonces ya me conocía la rutina—. ¿Cómo está tu tío?

Apoyó en mi muñeca sus dedos, que estaban congelados.

—Mi tío y mi tía Em murieron cuando estalló el *Orión 27*.

Tragué saliva, sintiéndome fatal por mi falta de memoria. Así que ella era nada más y nada menos que aquella cría. Dorothy me había contado todo lo que necesitaba saber, pero mi viejo cerebro estaba demasiado aturullado como para encajar las piezas. Me pregunté si tomaría nota de ello y si por culpa de eso me declararían no apta.

Dorothy había vivido en una granja en medio de las praderas de Kansas con su tío Henry y su tía Em. Cuando el *Orión 27* cayó convertido en una bola de fuego, la zona estaba atravesando una época de sequía. Los trozos más voluminosos de la nave se estrellaron en una granja.

Ningún edificio resultó aplastado, pero más hubiera valido que hubiese ocurrido justo lo contrario, ya que eso les

habría evitado a sus habitantes el morir abrasados vivos.

Cerré los ojos y entonces sí que vi tal como era a aquella niñita a la que había olvidado. Con las trenzas castañas cayéndole por la espalda y los vaqueros una talla demasiado grande, el bajo remangado para que se vieran los calcetines tobilleros y las zapatillas de deporte.

Alguien la había señalado y había dicho: «La niña de la granja de los Williams».

Yo ya la había visto otras veces, pero de esa manera en que se ve a las mismas personas de todos los días sin fijarte en ellas. E incluso entonces, con alguien señalándola, tampoco llamaba la atención entre la muchedumbre. Al verla nadie se habría imaginado que acababa de sufrir una tragedia. Supongo que todavía no la había asimilado.

Yo me había apartado del séquito de periodistas y asesores que me seguían y me había acercado a ella, que había inclinado la cabeza hacia atrás y alzado la mirada hacia mí. Porque resulta que yo antes era bastante alta...

Me acuerdo de cómo me preguntó con esa voz de tiple alto típica de los niños pequeños:

—¿Aun así vas a ir a Marte?

Yo había movido la cabeza afirmativamente y luego le había dicho:

—A lo mejor algún día tú también puedes ir.

Ella ladeó la cabeza, como si se lo estuviera pensando. No recuerdo qué me respondió, pero sé que debió de decirme algo. Sé que debimos de charlar un rato más porque le di el águila de marras, pero la conversación que tuvimos... no hay manera de que consiga recordarla.

Me dediqué a mirar a la Dorothy actual mientras ella me remangaba y colocaba alrededor de mi brazo el manguito para medir la presión arterial. Tenía el mismo cabello oscuro que la niña que había sido, pero ahora lo llevaba corto y, con la escasa gravedad de Marte, se le arremolinaba en mechones que recordaban el plumón de un pájaro recién nacido.

La forma de los ojos también era la misma, pero ahí acababa todo. La suave redondez de las mejillas había desaparecido mucho tiempo atrás, dando paso a unos pómulos altos y una mandíbula demasiado afilada para que se la pudiera considerar hermosa. Y justo encima de la ceja izquierda tenía una cicatriz blanca que apenas se notaba.

—La presión arterial la tiene mejor —dijo dibujando una sonrisa mientras me quitaba el manguito—. Desde la última visita debe de haber estado haciendo ejercicio.

—Cuando un médico me dice algo, yo hago caso.

—¿Cómo está su marido?

—Por el estilo. —Intenté cambiar de tema aunque, siendo como era también paciente suyo mi marido, tenía derecho a preguntar; observé de soslayo lo alta que era—. ¿Cuántos años tenías cuando viniste a Marte?

—Dieciséis. Íbamos a venir antes, pero... pues eso. —Se encogió de hombros, y con eso ya quedó todo dicho sobre por qué no había sido así.

—Lo de tu tío, ¿verdad?

—Oh, no —dijo negando con la cabeza un tanto desconcertada—. Oh, no. Mis padres. Teníamos que haber venido en la nave de la primera colonia, pero un camión maderero perdió la carga.

Consternada, me limité a mirarla de hito en hito. Si tenían que haber venido en la nave de la primera colonia, entonces sus padres no podían haber muerto mucho antes de que el *Orión 27* se estrellara. Me humedecí los labios.

—Y después de vivir con tus tíos, ¿adónde fuiste?

—Me fui con mi primo, su hijo. —Cogió una de las jeringuillas que había traído—. Hoy tengo que sacarle un poco de sangre.

—Tengo mejores venas en el brazo izquierdo.

Mientras frotaba con un algodón donde iba a pinchar, aparté la mirada y observé un gráfico colgado en la pared en el que se recordaba que había que tomar los

suplementos de vitamina D. La luz que llega a Marte no es suficiente para la mayor parte de los seres humanos.

Ahora bien, las estrellas... Cuando podías verlas, las estrellas eran sublimes. ¿Era eso lo que había empujado a Dorothy a venir a Marte?

Cuando llegué a casa de la consulta de la doctora, de la consulta de Dorothy, la enfermera estaba terminando de lavar a Nathaniel con una esponja. Genevieve asomó la cabeza por la puerta del cuarto, con las manos todavía goteándole.

—Vaya, hola, doña Elma. Hoy nos lo estamos pasando de miedo, ¿verdad que sí, señor Nathaniel? —Su sonrisa podría haber iluminado un hangar de lo radiante que era.

—Bien que sí. —Nathaniel sonaba animado y sano, siempre que no se lo mirara—. Genevieve me ha contado un chiste nuevo. ¿Cómo era?

La enfermera volvió a entrar en la habitación y dijo:

—¿Qué es lo que vio el astronauta en el fregadero? Un objeto frotante no identificado.

Nathaniel se echó a reír, la respiración tan solo ligerísimamente sibilante. Me quité los zapatos en el vestíbulo despolvador, para mantener a raya la omnipresente arenilla marciana, crucé la cocina y me apoyé en el marco de la puerta del dormitorio. En tiempos había sido el despacho de Nathaniel, pero ahora necesitábamos un dormitorio en la planta baja.

—Ese es muy bueno —dije.

Nathaniel estaba sentado en una toalla en el borde de la cama mientras Genevieve lo lavaba. Sin la camisa, las costillas se le marcaban crudamente bajo la piel. Cada uno

de los huesos de sus brazos se apuntaba bajo la superficie y se deslizaba bajo la carne flácida. Las manos le temblaban, incluso cuando las tenía apoyadas junto a él en la cama. Me sonrió.

La sonrisa de siempre. Los brillantes ojos azules de siempre que se iluminaban cuando trabajaba con las tarjetas perforadas en los preparativos para el lanzamiento. Era como si alguien hubiera pegado sus rasgos en el cuerpo de un extraño.

—¿Qué tal te ha ido la visita a la doctora?

—Como siempre. Lo único... lo único es que resulta que la doctora se crió al lado de las instalaciones de lanzamiento de Kansas.

—¿La doctora Williams?

—La misma. Al parecer la conocí cuando era pequeña.

—¿De verdad? —intervino Genevieve mientras escurría la esponja en la palangana—. Ay que ver lo pequeño que es el sistema solar... y esa es la prueba.

—No tan pequeño —dijo Nathaniel alargando la mano hacia su camisa que estaba junto a él en la cama. Sus manos temblaron sobre la tela.

—Ya lo hago yo. Tan solo deme un instante para que recoja esto —se ofreció Genevieve saliendo a toda prisa de la habitación.

—No se preocupe. Ya le ayudo yo —le dije.

Cuando le metí la manga por el brazo, Nathaniel agachó la cabeza privándome de la visión de sus hermosos ojos. Mi marido ahora prefería la misma franela que en el pasado siempre había odiado. Antes le gustaban las camisas blancas almidonadas con una elegante corbata para ir a trabajar, y las camisas hawaianas de manga corta para los días de fiesta. Al principio pensé que lo de la franela era porque siempre tenía frío. Más adelante caí en la cuenta de que ese tejido más grueso disimulaba en parte su fragilidad. Cuando me incliné sobre él para pasarle la camisa alrededor

de la espalda le hubiera podido contar las vértebras de la columna.

Nathaniel se aclaró la garganta y dijo:

—Así que la conociste, ¿eh? O más bien fue ella quien te conoció a ti... Porque había montones de críos mirándonos.

—Las dos cosas. Le regalé una de mis águilas de papel.

Esto le hizo levantar la cabeza.

—¿De verdad?

—Ella vivía en la granja de los Williams cuando cayó el *Orión 27*.

Nathaniel puso mala cara. Incluso tras todos estos años se seguía sintiendo responsable. Él no había programado el cohete. Se lo habían pedido, pero estaba demasiado ocupado con la primera expedición a Marte y no había aceptado el trabajo. Era tan solo un cohete de suministros a la Luna, y no había habido ningún motivo para pensar que requiriera nada especial.

Le abroché la camisa hasta debajo de la barbilla. El blando pliegue de carne que le colgaba de la mandíbula me rozó el dorso de la mano.

—Creo que la timidez le impidió mencionármelo en la visita anterior.

—Pero ¿te dio el visto bueno?

—Todavía faltan los resultados de algunas pruebas.

Evité su mirada, odiando el hecho de que yo estuviera sana y él... no.

—Pues deben de ser bastante buenos. Ha llamado Sheldon.

Una burbuja de adrenalina hizo dar un vuelco a mi corazón. Sheldon Spender había llamado. El director de operaciones del Centro Espacial Bradbury no había llamado desde... No, eso no era verdad. Era a mí a quien no había telefoneado desde hacía años, haciéndome saber por medio de su silencio que ya no iba a volver a volar. A Nathaniel todavía lo llamaban para trabajar. Envejecer no le impide a un programador seguir trabajando, pero tened por seguro

que sí que le va a impedir a un astronauta seguir volando. Y, sin embargo, la esperanza renacía en mí durante unos instantes cada vez que Sheldon llamaba, pensando que esa vez sí iba a ser para mí. Alisé la franela sobre los hombros de Nathaniel.

—¿Tienen un nuevo proyecto para ti?

—Te llamaba a ti. Tienes el recado en la encimera de la cocina.

Genevieve volvió a entrar con paso ligero en la habitación precedida por una burbuja de cháchara. Algo sobre su primo y una reunión con sus vecinos en Venus. Me incorporé y dejé que ella terminara de vestir a Nathaniel mientras yo me dirigía a la cocina.

¿Que Sheldon había llamado preguntando por mí...? Cogí la nota de la encimera. Tan solo contenía la redondeada caligrafía de Genevieve y una petición de que comiéramos juntos. Sin embargo, el lugar me resultó hartó significativo. Había elegido un bar junto al centro espacial que no era frecuentado por nadie metido en este negocio porque estaba atiborrado de turistas. Un buen lugar para hablar de trabajo sin que pareciera que se estaba hablando de trabajo. No tenía ni la menor idea de qué es lo que podía querer.

Seguí dándole vueltas al asunto hasta el mismísimo momento en que entré por las puertas del Yuri's Spot. Las paredes estaban abarrotadas de objetos de coleccionista y fotos autografiadas de astronautas. Colgada en un rincón junto a un ficus había una imagen publicitaria mía de principios de mi carrera en la que se me veía apoyada en el borde de la mesa de Nathaniel. Mi cabello caía en unos rizos

suaves y perfectos a pesar del traje espacial que llevaba puesto. Mi pelo nunca hubiera mantenido ese aspecto de haber estado realmente trabajando. Yo acostumbraba a quitármelo de en medio recogéndolo con un pañuelo, pero esa no era la imagen que los publicistas querían.

Nathaniel tenía una tarjeta perforada en la mano, como si me estuviera enseñando una pieza crucial de la programación. También esto era algo impostado ya que una tarjeta aislada carecía totalmente de significado, aunque para el gran público de aquella época representaban la Ciencia con C mayúscula. Estoy bastante segura de que por eso ambos nos estábamos riendo en la foto, aunque la leyenda que le habían puesto decía, «El júbilo de los viajes espaciales».

Lo que me hizo soltar una risita, incluso treinta años después.

Sheldon se apartó de la pared y malinterpretó mi sonrisa.

—Pareces estar de buen humor.

—Solo me reía de algunos viejos recuerdos —dije señalando la foto con un gesto de la cabeza.

Miró por encima del hombro, y las arrugas se le amontonaron alrededor de la comisura de los ojos al sonreír.

—¿Cómo está Nathaniel?

—Más o menos igual, que es lo más que podemos pedir llegados a este punto.

Sheldon asintió con la cabeza, me hizo un gesto indicando un reservado que estaba en un rincón y se encaminó hacia él pasando junto a una familia con cinco niños que estaba claro que acababan de visitar el centro espacial. La niña más pequeña estaba enfrascada en un libro ilustrado sobre la primera época del programa espacial. Ninguno se percató de mi presencia.

Hubo una época en la que me había sido totalmente imposible moverme por Marte sin ser reconocida: yo era la señora astronauta. Ahora, treinta años después de la primera expedición, no era más que una mujer mayor

cualquiera, cuya escasa estatura delataba sus orígenes terrestres.

Nos acomodamos en nuestras sillas y pedimos, sin dejar de charlar de cosas intrascendentes. Creo que elegí pescado con patatas fritas porque era la primera opción de la carta y yo era incapaz de pensar en nada aparte del motivo por el que me habría llamado.

Fue como si Sheldon quisiera comprobar cuánto aguantaba antes de preguntarle qué es lo que estaba tramando. Y me llevó un rato percatarme de que una y otra vez reconducía la conversación hacia Nathaniel.

¿Tenía dolores?

Por supuesto.

¿Le costaba dormir?

Sí.

Incluso su «¿Cómo lo estáis llevando?» se refería a él. No caí en la cuenta hasta que se interrumpió, apartó su hamburguesa de conejo a medio comer a un lado y me preguntó a bocajarro:

—¿Le han dado ya una fecha?

Una fecha. Solo había una fecha que importara en una sucesión de hitos en el camino hacia la muerte, pero fingí que no había sido claro, solo para hacerle pasar un mal rato.

—¿Te refieres a la fecha de la parálisis, de los cuidados paliativos o de la muerte?

—De la muerte —respondió sin inmutarse.

—Creemos que le queda alrededor de un año. —Mantuve el rostro impasible, igual que cuando hablaba con Control sobre un vuelo que llevaba camino de ser abortado. Cuanto peor se ponían las cosas, más tranquila sonaba mi voz—. Todavía puede trabajar, si es eso lo que me estás preguntando.

—No es eso. —Y entonces, para mi sorpresa, evitó mi mirada y bajó la vista hacia su vaso de agua bien fría, al que hizo girar en el círculo que había formado la humedad al

condensarse—. Lo que necesito saber es si tú todavía puedes trabajar.

Mientras inhalaba, estaba deseando decir que sí, ¡por Dios!, claro que podía trabajar, y haría cualquier cosa que me pidiera si me volvía a enviar al espacio. Al exhalar pensé en Nathaniel. No podía decir que sí.

—Por eso me pediste que me hiciera la revisión médica.

—Sí.

—Tengo sesenta y tres años, Sheldon.

—Lo sé —dijo volviendo a hacer girar el vaso—. ¿Has visto las noticias sobre LS-579?

—El planeta extrasolar. Sí. —Que estuviera retirada no quería decir que hubiera dejado de interesarme por las estrellas.

—¿Sabías que creemos que es habitable?

Me quedé inmóvil con la boca abierta mientras las piezas empezaban a encajar en su sitio igual que un montón de tarjetas perforadas en la unidad lectora de un ordenador.

—Estáis organizando una misión.

—De ser así, ¿estarías interesada en formar parte de ella?

Volver al espacio... ¡Dios mío!, ¡sí! Pero no podía. No podía. Yo... por eso Sheldon quería saber cuándo iba a morir mi marido. Tragué todo lo que tenía en la boca antes de hablar. Mi voz sonó indiferente.

—Tengo sesenta y tres años. —Que era mi manera de preguntar por qué quería que fuera justamente yo.

—Serán tres años en el espacio. —Y ahora sí que levantó la mirada, sin que le hiciera falta explicar por qué quería un piloto de edad avanzada.

¿Tanto tiempo en el espacio? Da igual lo bueno que sea el escudo antirradiación, porque la radiación te va a afectar. Las probabilidades de desarrollar un cáncer durante los siguientes quince años son enormes. No puedes pedírselo a un astronauta joven.

—Entiendo.

—Tenemos los medios para enviar una nave pequeña hasta allí. Tiene que estar tripulada porque de lo contrario la programación sería demasiado complicada. Necesito un astronauta que pueda ir en la cápsula.

—Y necesitas a alguien que tenga un motivo que haga que no le importe si sobrevive o no al viaje.

—No —respondió con una mueca—. Relaciones Públicas dice que necesito un astronauta al que la gente adore para que cuando finalmente les digamos que te hemos mandado nos perdonen que les hayamos ocultado la misión. —Se aclaró la garganta y empezó a ponerme al corriente de la misión Longevidad.

Tal vez deba hacer una pausa ahora para explicar qué es eso de la misión Longevidad, porque es posible que no lo sepáis.

Supongamos que tenemos un planeta habitable, un planeta extrasolar y que está tan solo a unos pocos años luz de distancia. En Marte disponen de una honda con la que se puede lanzar una nave hasta una velocidad cercana a la de la luz. Una nave pequeña, pero lo suficientemente grande para una persona.

Sin embargo, no es eso lo que hace que la misión Longevidad sea factible. Lo que la hace factible es el campo tesseráctico. No podemos viajar más rápido que la luz, pero lo que sí podemos hacer es emplear atajos por el universo. Los físicos me lo describieron como un túnel del metro. Un tesseracto curvará el espacio y permitirá que una nave vaya a la siguiente estación de metro. Lo único es que tienes que alejarte lo suficiente de un planeta antes de poder curvar el espacio y... esto es lo más complicado... necesitas un campo tesseráctico en el otro extremo. Una vez dispongas de él, tan solo tienes que poner la nave en órbita y el viaje de Marte a LS-579 puede llegar a llevarte tan solo tres semanas.

Pero tienes que llevar a alguien a ese planeta para emplazar el otro extremo del tesseracto.

Y ellos querían mantener el plan en secreto, por si fracasaba.

Tan distinto de como se había desarrollado la primera expedición a Marte... Un asteroide se había estrellado en Washington y había arrasado el Capitolio, lo que hizo caer en la cuenta al mundo entero de que nuestro dominio sobre la Tierra era de lo más frágil. Los países hicieron causa común, y cuando el secretario de Agricultura, que se había encontrado convertido en presidente al aplicarse la línea de sucesión, dijo que teníamos que salir del planeta, la gente le escuchó. Subimos hasta las estrellas. La posibilidad de perder algún astronauta era simplemente uno de los riesgos. ¿Y ahora? Ahora había pasado el tiempo suficiente para que la gente hubiera empezado a olvidar que el peligro seguía estando ahí, y que es necesario seguir explorando.

Sheldon dejó de hablar y se limitó a observarme mientras yo asimilaba todo esto.

—Tengo que pensármelo.

—Lo sé.

Entonces cerré los ojos y caí en la cuenta de que tenía que decir que no. Lo que me pareciera el viaje y la posibilidad de volver al espacio no importaba. La fecha programada para el lanzamiento de la que estaba hablando Sheldon me obligaría a empezar la preparación ya mismo.

—No puedo. —Abrí los ojos y clavé la mirada en la pared donde estaba colgada la fotografía en la que aparecíamos Nathaniel y yo—. Tengo que rechazar la oferta.

—Háblalo con Nathaniel.

Puse mala cara. Él me diría que aceptara.

—No puedo.

Cuando dejé a Sheldon me notaba más agitada de lo que quería reconocer. Miré por la ventanilla del tren ligero, la vista clavada en el cielo sepia. Los tonos rosados eran más intensos cerca del horizonte por la puesta de sol que, aunque en Marte era más oscura y rojiza, podía ser tan soberbia como en la Tierra gracias al polvo.

Es duro plantearse una posibilidad que se anhela y saber que la decisión correcta es descartarla. Me explico: yo quería ir, nunca me iba a encontrar con otra oportunidad como esta, era demasiado mayor para las misiones normales y lo sabía. Sheldon lo sabía. Y Nathaniel también lo sabría. Ojalá él no hubiera estado metido en este negocio, porque así habría podido mentirle diciéndole que «para más adelante». Él conocía el programa espacial demasiado bien para que le pudiera engañar.

Y tampoco me creería si le decía que no quería ir, porque sabía demasiado bien cuánto añoraba las estrellas.

Que es justo para lo que creo que ninguno de nosotros estaba preparado cuando vinimos a Marte. La fina atmósfera del planeta hace que aquí el cielo nocturno al aire libre sea espectacular. Sin embargo, bajo la cúpula, donde vivimos los humanos, lo único que se ve son las luces de la ciudad reflejadas sobre la oscura curva. Casi puedes llegar a creer que son estrellas. Casi. Si no sabes lo que te estás perdiendo o no te acuerdas del aspecto que tenía el cielo nocturno en la Tierra antes de que cayera el asteroide.

Me pregunto si Dorothy se acordará de las estrellas. Es tan joven que quizás ni las recuerde. En la Tierra hoy en día, los niños todavía siguen viendo nubes de polvo y las estrellas no son más que un mito. ¡Dios mío, qué cielo tan triste!

Cuando llegué a casa, Genevieve me recibió con su habitual cordial parloteo. Nathaniel parecía estar deseando echarla a empujones para así poder interrogarme. Sé que Genevieve se despidió de él y que las dos charlamos unos

momentos, pero los detalles se han desvanecido de mi memoria.

Lo siguiente que recuerdo es el traqueteo y los golpes del andador cuando Nathaniel entró en la cocina empujándolo. El andador se deslizó hacia delante. Se detuvo. Nathaniel dio dos pasos, se estabilizó y volvió a deslizarlo hacia delante. Dos pasos. Estabilizarse. Deslizarlo.

Me aparté de la encimera y me erguí.

—¿Quieres quedarte en la cocina o ir al salón?

—Siéntate, Elma. —Se aferró al andador hasta que los tendones se le marcaron en el dorso de las manos, a pesar de lo cual siguió temblando—. Cuéntame lo de la misión.

—¿Qué dices? —le pregunté quedándome helada.

—La misión. —Dirigió la vista hacia el techo en lugar de mirarme a mí—. Por eso llamó Sheldon, ¿no? Venga, cuéntamelo.

—Yo... Vale.

Le saqué el taburete alto y esperé hasta que se hubo acomodado en él. Y entonces se lo conté. Durante todo el tiempo que estuve hablando no apartó la mirada del techo. Yo me dediqué a observarle y a memorizar el perfil de su mejilla y la forma del pequeño lunar en la comisura de su boca.

Cuando terminé, Nathaniel movió la cabeza afirmativamente.

—Deberías aceptar.

—¿Qué te hace pensar que quiera ir?

Fue entonces cuando bajó la cabeza, sus ojos tan penetrantes como siempre lo habían sido.

—¿Cuánto tiempo llevamos casados?

—No puedo.

Nathaniel lanzó un resoplido.

—Llamé a la doctora Williams mientras estabas fuera, imaginándome que se trataría de algo así. Le pedí que me dijera cuándo me iba a enviar a cuidados paliativos. —Alzó la mano para detener las palabras que se estaban formando

en mis labios—. No estuvo por la labor de responderme. Pero sí que me dijo cuándo es probable que la parálisis sea total: en tres meses, semana arriba o abajo.

Desde que recibimos el diagnóstico sabíamos que llegaría ese momento, pero a pesar de ello tuve que morderme el interior del labio para no llorar. Nathaniel no tenía por qué verme venirme abajo.

—Así que... creo que deberías decirles que sí.

—Tres meses no es demasiado tiempo, pueden...

—¿Que pueden qué? ¿Esperar a que me muera? ¡Santo cielo, Elma! Sabemos que eso es inevitable. —Miró el suelo con el ceño fruncido—. Ve. Por el amor de Dios, acepta la misión.

Yo quería ir. Quería marcharme del planeta, volver al espacio y no tener que verle morir. No tener que ver cómo iba perdiendo el control de su cuerpo miembro a miembro.

Y quería estar aquí, con él, robándole hasta el último instante mientras todavía le quedara aliento en el cuerpo.

Uno de mis restaurantes favoritos de Landing era Elmore's. El café estilo Nueva Orleans estaba encajado detrás de Thompson's Grocers, en una pequeña pendiente que elevaba el comedor justo lo suficiente para que se alcanzara a ver el final de la ciudad y el muro de la cúpula. Preparaban un *étouffée* con cangrejos de río que te hacía creer que estabas de vuelta en la Tierra. Los cangrejos los criaban en un tanque y eran de un tamaño ligeramente mayor al que tenían los de mi infancia, pero las especias les llegaban desde Luisiana un par de veces al año en la ruta del correo.

Sheldon Spender sabía que era mi restaurante favorito y estaba aprovechándose despiadadamente de ello. A pesar